

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Héctor AD Quintanar Pérez

“El país de los vidrios rotos: Ucrania 2022”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 67, enero-marzo de 2024, pp. 65-68.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

El país de los vidrios rotos: UCRANIA 2022

• Héctor AD Quintanar Pérez

El siguiente texto es una crónica del segundo viaje efectuado a Ucrania desde el inicio de la invasión rusa, durante los meses de julio y agosto del año 2022. En este viaje se realizó una estancia en cerca de siete ciudades para ofrecer una cobertura general de la guerra y tener testimonios de la resistencia civil, así como de los numerosos ataques. Por muy detalladas que sean las letras y por más nítidas que sean las imágenes, nada puede hacernos entender el abismo de una guerra donde se asesinan naciones vecinas que en algún punto fueron hermanas.

По золотих твоїх стежках.
Мені не можна не любити,
Тобі не можна не цвісти,
Лиш доти варто в світі жити,
Поки живеш і квітнеш ти!

Por tus caminos dorados.
No puedo evitar amar
No puedes evitar florecer
Solo hasta entonces vale la pena vivir en el mundo,
¡Mientras vivas y florezcas!

Fragmento de la canción “Ucrania, Ucrania”, del compositor Taras Petrynenko.

El camino Julio 2022, frontera Polonia-Ucrania

Más de 10 horas le toma a un modesto autobús llegar desde la central de camiones de Varsovia, en Polonia, a la primera gran ciudad ucraniana de Lviv, situada a unos 300 kilómetros, ahora que el espacio aéreo ha sido cerrado a toda nave comercial tras el comienzo de la invasión. Por ahora el cielo ucraniano está reservado a cientos de misiles y a los aviones caza cuya misión es atacar y defender a toda hora la firme pero lastimada última frontera de Europa. Viajamos de noche, no hay más. El camino se alarga por los innumerables puestos de control militar donde soldados de rostro impasible y fatigados por la madrugada nos revisan los papeles a cada uno de los ocupantes. Fuman para romper con el tedio más que por afición al tabaco. Nos hacen descender del vehículo en alguna ocasión a pesar de la fría noche, y de la manera más rápida realizan los escaneos y revisiones necesarias para proseguir el camino. A pesar de mis temores, en cuanto miran mi acreditación periodística me dejan en paz y se dedican a revisar a los demás, temblorosos de frío en esta larga espera por entrar en un país en guerra.

El país se encuentra bajo invasión rusa desde febrero del año 2022. El ejército ruso comenzó una franca incursión al territorio ucraniano, frenando con

su acción las negociaciones de paz y las largas conversaciones mantenidas desde el año 2014 para tratar de resolver los enfrentamientos por Crimea y los territorios independientes en la primera fase del conflicto.

Aunque existen diversos orígenes de esta contienda, la invasión fue justificada por los rusos bajo el argumento de un peligro neonazi naciente en Ucrania, acusando incluso de genocidio al vecino país, ante el cual la antigua Unión Soviética no se sentía segura, lo que la llevó a realizar una operación militar causante, tan solo en la primera semana, de la muerte de miles de civiles y la destrucción masiva de edificaciones.

Esta justificación, así como la acusación de genocidio por parte de Putin, ha sido descalificada por historiadores, expertos y organismos internacionales, y rechazada por la comunidad ucraniana, que en repetidas ocasiones desde 2014 ha señalado la intención de Rusia de anexarse el territorio Este de su país, principalmente Crimea, ante el creciente interés de Ucrania por formar parte de la Unión Europea y, sobre todo, porque las nuevas generaciones y líderes políticos no conservadores rechazan totalmente la influencia soviética de su historia y prefieren mantenerse bajo una ideología apegada a lo que ellos consideran Europa.

El resultado: la mayor crisis de refugiados y desplazados por la guerra desde la Segunda Guerra Mundial en Europa y miles de víctimas civiles en constantes ataques.

Cruzar el país de Oeste a Este para dirigirse a los núcleos de la invasión es una pequeña odisea donde para transportarse solo funcionan los trenes y camiones. Los choferes arriesgan la vida viajando entre caminos repletos de controles militares y sinuosos cráteres, testigos del intenso bombardeo a las vías de comunicación. La idea es llegar a Járkov, el frente más lejano y una ciudad ocupada por los rusos. En cada ciudad donde paramos, la historia es similar: en Vinnytsia, parte central del país, un cohete fue lanzado sobre un complejo habitacional y un edificio gubernamental, causando muertes y cientos de heridos, lo que movilizó a la población a rescatar de las llamas y escombros de las construcciones a sobrevivientes y cuerpos.

Mykolaiv, hacia el sur, a la cual llegamos en otro viaje tormentoso en camión, pues los trayectos son horribles, ha sido constantemente atacada por los rusos desde el inicio de la invasión. El temor y la tensión de los habitantes se notan en el aire. Ellos han perdido la oportunidad de huir y se encuentran parapetados entre los bombardeos diarios y las batallas libradas por su ejército en las cercanías.

Todo el pueblo ha sido voluntario de algo, ya sea enlistándose o donando dinero, comida, madera y llantas para las barricadas. También limpiando los desechos, rocas y vidrios rotos, como un pequeño ba-

tallón dedicado a levantar la moral mientras asea los vestigios de la barbarie.

El Frente

Alexander es uno de mis contactos en Járkov. Es un tipo entrado en sus 40 años, líder, junto a dos amigos, de una red de empresarios dedicados a la construcción y que ahora se encargan también de un comedor para los habitantes de la tercera edad rezagados en la ciudad. También realizan incursiones al frente como voluntarios en patrullas del ejército para socorrerlos con suplementos, recoger armamento abandonado por los rusos y además como combatientes en un par de ocasiones necesarias. Después de más de una semana de andar, hemos cruzado el país hasta sus límites. Alex me lleva a un recorrido por la ciudad y aprovechamos el camino para rememorar los primeros días de la invasión, cuando su esposa e hijos salieron del país y él mismo se alojó tres semanas en las estaciones del metro junto a miles de habitantes para protegerse de los bombardeos.

Járkov fue ocupada por los rusos durante los primeros días de la invasión, entablándose crueles combates donde participaron civiles como Alex, para repeler a los rusos, y se logró el retiro de sus tropas. Como castigo, la ciudad se encuentra desde entonces en un constante ataque de misiles.

Una mañana nos unimos a una patrulla con un par de sargentos ucranianos. Uno de ellos era de formación castrense y otro, un músico de carrera convertido en soldado, guardaba en la pantalla de su celular una tímida fotografía de sí mismo tocando el trombón, como recordatorio de quién era antes de ponerse las botas y cambiar las notas por balas y los instrumentos por un Kaláshnikov.

Carreteras de dos carriles nos introdujeron a los bosques de grandes pinos que separan Rusia de Ucrania en una camioneta civil convertida en vehículo de campaña. Una columna de humo en la lejanía atestiguaba la caída de una nave, y los estruendos y los cientos de pequeñas casitas destruidas nos recordaban a cada paso la cercanía de la devastación y lo dantesco del frente de guerra.

Llegamos al campo de batalla. Se trata de un frente abandonado por los rusos semanas atrás. Miles de girasoles envuelven con su hermoso color amarillo la tierra repleta de cuantiosos kilómetros de trincheras excavadas en todas direcciones y sepultan ruinosos vehículos militares y tanques rusos reducidos a tubos doblados con una "z" despintada en las láminas. La "z" es la letra con la que el ejército ruso identifica a sus tanques y vehículos. Suelen colocarla en pintas donde han realizado alguna ocupación o para marcar territorio como en Bucha.



Héctor AD Quintanar Pérez: Autorretrato

A pesar de los miles de girasoles, el aire huele a aceite quemado combinado con una especie de aroma a agua estancada acompañada de miles de moscas rondando por doquier la patrulla de soldados y constructores dedicados a recoger municiones abandonadas por los enemigos. Mientras un sargento avanza con su cigarro en la boca, nos hace señas de seguirlo lo más rápido posible y siempre en fila india. Cuando se detecta algún punto, en tres minutos recogen el máximo posible de material bélico y el segundo sargento se acerca en la camioneta previamente escondida bajo algún puñado de pinos que la cubran para acomodar los cohetes, municiones, granadas y armas rescatadas del olvido enemigo.

En un descanso, los dos oficiales se alejan de nosotros y hablan en voz baja, como si yo pudiera entender algo. Debaten un poco y nos dan la orden: iremos rápidamente a una casa recién abandonada por los rusos en la que puede haber materiales.

De nuevo: llegar, entrar, recoger todo y salir. Todo esto mientras algunos helicópteros sobrevuelan y las explosiones a nuestro alrededor continúan. Es un buen día para ellos; no hubo bajas y recogieron kilos de munición y diversas piezas de armamento personal. Al regreso reparo en el terreno y los poblados destruidos del frente. Decenas de botas se encuentran regadas en el piso. Se trata de botas reglamentarias que yacen entre el lodazal o acomodadas en algunas ramas de pino o semienterradas repletas de polvo, lodo y quién sabe qué más.

Le pregunto al sargento músico: “¿Por qué han dejado las botas en el terreno?”, entendiéndolo que pueden ser importantes.

Después de un silencio y una bocanada a su cigarro, que no soltó durante toda la misión, me responde en un inglés con acento eslavo: los muertos ya no necesitan botas.

El sol de la tarde enciende el color de las flores a nuestro regreso. Los sargentos bromean con los voluntarios y a gran velocidad nos alejamos de los campos donde se sembraron flores y se cosecharon botas.

Járkov: El crimen

Era temprano. Las ventanas vibraron y se escuchó el estruendo de una explosión, como miles desde que inició la guerra, que había impactado en las cercanías de donde yo me encontraba apenas tomando mis cosas para salir a trabajar. Mi amigo Alexander enseguida se ofreció a llevarme para documentar con fotografías el lugar donde ese cohete había caído, ya que sin duda había sido cerca, a juzgar por el ruido y la vibración de las ventanas del edificio donde nos encontrábamos.

En el camino supimos que un misil había caído en una parada de autobús y que había víctimas humanas. Alexander recibió una llamada de un contacto que le informó de la situación.

Al llegar, coincidimos con los bomberos y el escuadrón antibombas que estaban ya trabajando en el lugar en medio de fierros doblados y vidrios por el suelo. En lo que fuera una parada de autobús, los cuerpos de una pareja de adultos yacían deshechos entre los escombros. El misil ruso había impactado muy cerca de ellos y por desgracia los mató instantáneamente



cuando esperaban un camión, quizá para dirigirse a su lugar de trabajo o a su hogar, tratando de llevar una vida normal a pesar de la guerra. Aún se podía oler una especie de aroma a aceite quemado y humo, ya que no tardamos mucho en arribar al sitio.

Ahí, a unos metros de la estación de autobús destruida y casi imperceptible por los escombros y personal de seguridad trabajando, estaba el cuerpo de un niño tendido en la banqueta.

Delgado, con la vista hacia el cielo se encontraba el cuerpo de Dmytros Kubata. Un niño de 13 años que caminaba junto a su hermana por la acera cuando cayó el misil, arrebatándole la vida en el lugar.

Lo más impactante de toda esta historia es que su padre, Vyacheslav Kubata, llegó a la escena a los pocos minutos.

Con el amor que solo un padre puede tener a sus hijos, tocó el rostro del cadáver, le acomodó los párpados con mucha ternura y tomó su manos. Una mano que no dejó de tomar en todo momento salvo cuando tuvo que revisar algunas pertenencias de su hijo. Pasaron minutos y el padre sacó un pequeño libro y recitó en silencio unas palabras: estaba rezando. Mientras en la escena había caos, explosiones, muerte y destrucción, un padre rezaba por la vida de su hijo sin soltar su mano, como aferrándose a ella o tratando de que no fuera real lo que estaba sucediendo. Ante esta imagen, una mujer policía le brindó un abrazo. Lo único que podemos ofrecer y que, sin duda, no es suficiente.

Ese día fuimos testigos de un crimen. Los niños y los civiles no deben morir en la guerra. Y los padres no deberían sostener la mano de sus hijos muertos a manos de criminales.

Todo indica que ni siquiera los esfuerzos de patrullas y voluntarios para recoger balas, misiles y armas pueden evitar que los cohetes asesinen a los inocentes.

El regreso

La estación de autobuses nos recibe de nuevo con grupos de mujeres de todas las edades que se despiden de sus seres queridos, y algunas en sus brazos cargan bebés y niños de diferentes edades que hoy retornan a distintos puntos de Europa para mantenerse con vida como refugiados. De sus sonrisas surgen lágrimas. De los abrazos surgen besos de despedida y el chofer arruina ciertos momentos con un grito para darnos prisa y abordar. El regreso es aún más fatídico pues esperamos más de 12 horas para llegar a Varsovia.

El trayecto es silencioso salvo por los niños que a ratos ríen, lloran y escuchan sus programas infantiles en el celular de mamá mientras ella duerme.

Algunos soldados y pobladores indican que será una guerra larga y están preparados mentalmente para ello. ¿Cuántos años? No se sabe.

Lo que sí es seguro es que mientras dure la invasión, seguiremos siendo testigos de amargas despedidas en estaciones de trenes y camiones, padres que cierran los ojos a sus hijos asesinados y familias que caminan en un país que siembra un nuevo futuro sobre los vidrios rotos de la guerra. **LPyH**

Junio-julio 2022

Héctor AD Quintanar Pérez (1990) es arqueólogo y fotógrafo especializado en temas de conflicto y derechos humanos.